

*En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos: «Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”. El administrador se puso a decir para sí: “¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”. Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?”. Este respondió: “Cien barriles de aceite». Él le dijo: «Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”. Luego dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?”. Él dijo: “Cien fanegas de trigo”. Le dice: “Toma tu recibo y escribe ochenta”. Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz».*

Jesús nos ofrece esta historia para enseñarnos lecciones valiosas sobre el uso sabio de los recursos que Dios nos ha confiado.

En la parábola, un administrador es confrontado con su mala gestión de los bienes de su señor y se da cuenta de que está a punto de perder su trabajo. En lugar de desesperarse, el administrador decide actuar con astucia para asegurar su futuro. Reduzca las deudas de los deudores de su señor, ganándose así sus simpatías y construyendo puentes para su próxima etapa de la vida.

Aunque Jesús no está alabando la deshonestidad del administrador, destaca la astucia y la previsión que demostró para asegurar su bienestar futuro. ¿Cuál es la lección que podemos extraer de esta parábola? Jesús nos está llamando a ser astutos y sabios en el uso de los dones y recursos que Dios nos ha confiado.

Como administradores de la gracia divina, se nos ha encomendado la responsabilidad de utilizar nuestras habilidades, tiempo y recursos para glorificar a Dios y servir a los demás. A menudo, nos enfrentamos a decisiones difíciles y tentaciones en este mundo, pero la parábola nos recuerda la importancia de mirar más allá de lo inmediato y considerar las consecuencias eternas de nuestras acciones.

¿Cómo estoy utilizando los dones que Dios me ha dado? ¿Estoy siendo sabio administradores de su gracia y de su amor? Que la astucia del administrador en la parábola nos motive a ser creativos y diligentes en nuestro servicio a Dios y a los demás.

Pidamos por intercesión de la Virgen María, que Dios nos conceda la sabiduría y la gracia necesarias para ser administradores fieles de los bienes de su Reino.